



Madrid 16 de Agosto de 1861.

SUMARIO ARTÍCULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Alborada [poesía], por don Antonio de Trueba.—Historia: España romana, por don José S. Biedma.—Viajes: Puerto-Rico, por don José M. de Larrea.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—Clémentine, por T. H. B.—Necrologia: Abdul-Medjid, por J. P.

GRABADOS. Muerte de Viriato.—Familia india de la Española descubierta por Colon en 1492.—Abdul-Medjid.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

VII.

Amor al prójimo.



Al presente conoces ya los deberes que la moral impone al hombre con relacion á sus padres, á sus mayores, á los ancianos, á los hermanos, parientes, maestros y amigos, es necesario que conozcas los que se refieren al hombre en general, es decir, á la humanidad, al prójimo.

Varias veces te he manifestado que el hom-

Tomo II.

bre vive en sociedad, porque así lo exigen las necesidades de su naturaleza. Ahora bien: para que no se rompa la armonía que debe reinar entre los diferentes individuos que constituyen ese todo, es indispensable que existan y se practiquen ciertas reglas, sin las cuales seria imposible su conservacion. No te será nada difícil la comprension de las mismas, por poco que medites sobre tu condicion respecto de los demás hombres. Refugiándote, pues, dentro de tu corazon, comprenderás que en primer lugar deseas el placer, y temes y por consiguiente evitas el dolor; que te amas y procuras ser amado, porque en el cariño de los demás hallas un medio que te proporciona la felicidad; que tienes un sin fin de necesidades cuya sa-

Núm. 31.

tisfaccion no puedes realizar sin el auxilio de tus semejantes, en una palabra, que te es indispensable el concurso de los demás hombres en casi todos los actos y movimientos de la vida. En este estado una simple reflexion te bastará para conocer á qué estás obligado con relacion á los demás. Pregúntate, ¿qué es el hombre? y desde luego verás que es un sér enteramente igual á tí, con los mismos deseos y las mismas necesidades, con idénticos afectos y con la obligacion de llevar á cabo iguales ó parecidos fines. Convencido de esta conformidad ó semejanza, y midiendo á los demás por tí mismo, obligado por otra parte por la gratitud que te mueve á amar á todos aquellos que te prestan un beneficio por pequeño que sea, evitarás todo aquello que pueda serles perjudicial, practicando únicamente lo que puede proporcionarles el bienestar y la felicidad.

Tiene á los ojos de Dios tanto mérito el amor que el hombre profesa á sus semejantes, que aun sin mediar las causas que, segun te he manifestado, á ello le obligan, bastaria el deseo de hacernos dignos de su divina gracia, para que fuéramos pródigos de él. Fácilmente comprenderás que es el mas precioso y el mas conforme á la moral santa del Evangelio, si recuerdas que Jesucristo nos dijo que, descendiendo todos de un tronco comun, debíamos amarnos como hermanos. Y en efecto: nada hay mas grande que este amor que solo mira á la semejanza para entregarse sin la menor reserva á todos los movimientos y afecciones del corazon.

No debes contentarte, sin embargo, con cumplir precisamente aquellos deberes que te impone el vivir en sociedad; procurarás, por el contrario, distinguirte por tu virtud y abnegacion; por el interés en buscar ocasiones en que ser útil á tus semejantes, y por la complacencia y satisfaccion en llevar á cabo aquellos actos que pueden contribuir á aumentar su felicidad, aun cuando sean de difícil ejecucion. Si quieres alcanzar lo que te propongo, basta con que te esfuerces en ser un hombre perfecto segun las prescripciones de nuestra sacrosanta religion. Si sabes ser paciente y resistes con

firmeza los embates de la adversidad; si tienes la mano al enemigo que te ofendió de obra ó de palabra; si vuelves bien por mal y te vengas ofreciendo un beneficio al que te infirió una injuria; si anatematizas al cobarde opresor y al vil hipócrita; si compartes con el pobre tus riquezas, y ruegas al rico le dé una parte de las tuyas, y amas á los hombres, no por lo que representan en el mundo, sino por sus virtudes y bondad, no solo serás un hombre justo, sino que desempeñarás sin esfuerzo de ninguna clase los deberes que tienes impuestos para vivir feliz y tranquilamente entre la humana sociedad.

Al proceder de esta suerte, no olvides lo que antes te he dicho. Calcula que si tú vales algo, tanto ó mas valen los otros hombres, y que lo que por ellos haces, en igualdad de circunstancias haríanlo ellos por tí.

Huye siempre de aquellos que, aun sin creerlo (porque es imposible que semejante creencia se abrigue en el corazon), propalan que la humanidad es indigna de todo sacrificio, por lo mismo que está compuesta de seres mezquinos, llenos de vicios, nacidos tan solo para levantarse, crecer, y deshacerse en el polvo de los siglos, como los objetos materiales que produce con sus manos. Para sostener semejante principio, es indispensable estar ciego ó no tener corazon. Es desgraciadamente cierto que hallamos entre los hombres algunos de tan miserable condicion, que sin comprender el sentimiento de la virtud, parecen solo nacidos para el mal; ¿pero de que se hallen semejantes escepciones, debemos deducir que la sociedad entera está compuesta de espíritus perversos? De ninguna manera, pues al que discurre de este modo, siempre podrian oponérsele esos seres sobrenaturales, ó por lo menos extraordinarios que en todos tiempos y en todos los paises han descollado como las lumbreras de la humanidad. Aun hay mas: entre el asesino que espía sus delitos en el cadalso, y cuyo nombre, si no cae en el mas completo olvido, se recuerda solamente con una especie de horror, y cualquiera de esos génios privilegiados que sobresalen y se distinguen por su

ciencia, por su talento ó por su virtud, ¿quién ejerce mas influencia? Un solo sacerdote predicando humildemente las santas máximas del Evangelio, alcanza mas secuaces que el mas cínico impostor. Al que quisiera sostener la perversidad de los hombres, debe decirsele que, ya que desgraciadamente los hay llenos de vicios, la inmensa mayoría se compone de hombres justos y bondadosos, quedando mas que compensados los males que aquellos ocasionan con los bienes que producen los sábios y virtuosos.

Pero aun á estos mismos que viven apartados del camino del bien debes mirarlos sin repugnancia, para que puedas volverlos ó contribuir á que vuelvan á la senda de que se apartaron. Recuerda el alto fin para qué fueron criados: recuerda que dentro de ellos existe un alma inmortal, que despues que el cuerpo haya terminado su miserable y corta peregrinacion sobre la tierra, debe volar á las regiones del empero para escuchar la sentencia del Criador, gozando una eternidad de ventura, ó abismándose para siempre en un castigo sin fin. Procediendo de esta suerte, compadeceremos las flaquezas, errores y miserias de nuestro prójimo; simpatizaremos con él, y considerando su envilecimiento como una triste calamidad, lloraremos viendo que se hace indigno de los altos destinos que le confiára el Señor.

En resumen: si socorres al prójimo en sus necesidades y le consuelas en sus aflicciones; si sufres con dulzura y paciencia sus defectos, y sin negarle jamás los respetos que exigen su mérito ó su debilidad, evitas cuanto pueda ser para él ocasion de escándalo, cumplirás con el santo precepto impuesto por Dios, de amar al prójimo como á tí mismo.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.



LA ALBORADA.

Cuatro veces han cantado
 Los gallos en el lugar,
 Diciendo á los moradores
 ¡Qué el alba despunta ya!
 Sí, sí, ya despunta el alba,
 Cantad, pájaros, cantad,
 Que el Oriente rojas tintas
 Comienzan á iluminar,
 Y su cárcel de tinieblas
 Quebranta la humanidad.
 Pájaro soy yo tambien,
 Y necesito cantar
 Al cruzar los tomillares,
 La luz y la libertad.
 Pájaros, cantemos juntos,
 Que el alba despunta ya.

ANTONIO DE TRUEBA.

HISTORIA.

ESPAÑA ROMANA.

I.

No se engañaron los romanos en la eleccion de su caudillo, pues Cneo Escipion, escogido para hacer frente á las criticas circunstancias en que se hallaba la península ibérica, además de conservar los pueblos aliados de su patria, supo atraer á su amistad no pequeño número de los situados á los alrededores de Tarragona, cuya ciudad vino á ser muy en breve la capital de sus ejércitos y el puerto de sus armadas. Despues de haber derrotado y hecho prisionero á Hannon, obligó á retirarse á Asdrubal y sujetó á otros pueblos vecinos afectos á los cartagineses, que neutrales hasta entonces, se habian movido al saber la llegada del hermano de Annibal. En vano hizo éste ostentoso alarde de reunir todo su poder para anadar al general romano, pues Cneo Escipion, no pudiendo esperarle en tierra por la escasez de sus fuerzas, le aguardó dentro de su armada, con la que se apoderó de la cartaginesa, tomando algunas poblaciones marítimas y aliándose con los celtíberos, una de las princi-

pales razas que poblaban entonces á España, y que por sí solos vencieron en tres batallas sucesivas á los cartagineses, dando ocasion á los romanos para estender sus conquistas.

No debian serles muy fáciles estas, cuando Cneo Escipion se vió obligado á pedir socorro á Roma, que le envió á su hermano Publio con buena armada y no inferior ejército. Juntos los dos caudillos, consiguieron detener y derrotar á Asdrubal, que iba á Italia á reunirse con Annibal, influyendo así en el triunfo que obtuvieron por entonces los romanos en los alrededores de Nola, y que decidió la guerra en favor suyo. Cartago, al ver el mal estado de su causa en España, envió numerosos socorros, pero dos derrotas mas grandes y decisivas que las anteriores empeoraron la situacion de los cartagineses, obligándoles á buscar ayuda en los galos, con quienes se hallaban confederados. Los Escipiones se habian atraído en tanto gran parte de la Bética, y aunque quisieron disputársela Asdrubal y sus aliados sosteniendo batallas muy reñidas, en una de las cuales salió herido el mismo Cneo, no pudieron conseguirlo, viendo cada vez mas decaído su poder é influencia. Pero la fortuna cambió de repente, pues los celtíberos aliados últimamente á los romanos, decidieron pasarse á los cartagineses, con lo que se aumentaron mucho sus fuerzas, pudiendo atacar y vencer á los Escipiones, que perdieron su vida en la pelea.

Esta victoria hubiera sido decisiva para los cartagineses si hubiesen sabido sacar fruto de ella, pero creyendo ya conquistado su antiguo poder, dieron tiempo á que Lucio Marcio, proclamado general por los romanos, reuniera sus fuerzas y los esperase, venciéndolos en cuantas batallas le presentaron. Roma habia enviado en tanto á Publio Cornelio Escipion, que era el llamado á terminar la conquista y acabar con el nombre cartaginés en España. Aunque en extremo jóven, pues apenas tenia 24 años el capitan romano, se hallaba dotado de una prudencia consumada y de un genio poco comun en el arte militar. Su primera hazaña fué la conquista de Cartagena, ciudad que era la capital de los cartagineses y centro de consiguien-

te de sus fuerzas y poder. Despues de esta victoria fué cuando ejecutó su celebrado hecho de entregar á un jefe celtíbero llamado Luceyo una jóven que le estaba prometida como esposa, y de que se habian apoderado sus soldados. Muchos españoles admirados de esta accion, se pasaron entonces á los romanos, sabiendo Escipion aprovechar la amistad que con aquel motivo habia contraído con Luceyo y sus parientes para atraerlos á su alianza.

Habiendo caído en otra ocasion en sus manos el sobrino de Masinisa, caudillo africano que se hallaba con los cartagineses, se le devolvió inmediatamente á su tio, ganando con este acto su corazon de tal manera, que el africano fué despues uno de sus principales aliados, y quizá el que mas le ayudó en la conquista de Cartago. Pero antes de marchar á Italia para obtener el mando en que concluyó con los enemigos de Roma, llevó á cabo otras muchas hazañas, conquistando gran número de ciudades y venciendo á los cartagineses en cuantas ocasiones se le atrevieron á oponérsele. Éstos, visto el mal estado de su causa, se retiraron á su patria, entregándose entonces Cádiz á Escipion, que ya habia conquistado á Mallorca y casi todas las poblaciones de España.

Despues de la marcha de Escipion, el Senado romano dividió en dos partes nuestra península para su gobierno, llamando España ulterior á las provincias comprendidas en la Bética y Lusitania, es decir, Portugal, Estremadura y Andalucía, y citerior ó Tarraconense á las restantes, en que se comprendian Cataluña, Navarra, Aragon, las dos Castillas etc. Dos Pretores se hallaban al frente de estas provincias, siendo absoluta su autoridad en lo militar y en lo civil.

Los españoles, cansados de tan continuas guerras, sufrieron en un principio con bastante indiferencia el yugo que se les habia impuesto; cierto que los romanos no abusaron por entonces de su poder, mas no tardaron en ocasionarles tantas estorsiones, que no vacilaron en levantarse en defensa de su independencia, originándose guerras que llegaron á durar muchos años. Una de ella fué la de V

riato, célebre caudillo lusitano, que hizo temblar á la misma Roma.

El pais que fué el teatro de sus hazañas, venia ya trabajado por una larga série de luchas en que no siempre habian llevado la mejor parte los romanos. Muertos ó vencidos los princi-

pales jefes de los españoles, pareció reinar la paz por un momento, mas existiendo la causa de descontento no podia ser la tranquilidad muy duradera.

Galba, despojando con un engaño de sus bienes á los lusitanos,

dió origen á una guerra en que se peleó por espacio de catorce años, y en que se distinguió Viriato,

segun algunos escritores, mas en realidad uno de los soldados fugitivos de los antiguos partidarios que habian combatido contra los Pretores.

Nada hizo Galba contra el guerrero lusitano;

su sucesor Atilio fué derrotado dos veces, y otras tantas Plaucio, que hubo de recoger su gente á cuarteles de invierno en medio del verano, por temor á las vencedoras armas del atrevido Viriato. No tuvieron mejor suerte otros Pretores y Cónsules, que con ejércitos bastante numerosos envió Roma á esta guerra. Todos eran vencidos, desesperando ya de con-

servar por mucho tiempo su poder en España.

Cansado, sin embargo, ó queriendo quizá asegurar su independenciam, pidió Viriato la paz al Cónsul romano. Accedió cautelosamente Servilio, que así se llamaba el que á la sazón desempeñaba este cargo, tratando en secreto con los embajadores la muerte de su caudillo; aceptaron estos en vista de los grandes premios que se les ofrecian, y al regresar á su campo esperaron á la primera oportunidad para llevar á cabo su designio. Hallábase Viriato durmiendo en su tienda confiado en la lealtad de los suyos y en las palabras de los romanos, cuando entraron los traidores y le dieron de puñaladas en su mismo lecho, muriendo así el primero y el mas célebre de esa gloriosa série de guerrilleros españoles que han sabido quedar

siempre vencedores aprovechando sus derrotas como otros tantos triunfos.

Muerto Viriato obtuvieron los romanos la paz que deseaban: sus partidarios se entregaron, recibiendo campos en que dedicarse á la labranza, y se asegura que fundaron á Valencia. Los asesinos, execrados hasta del mismo Senado á que habian servido, oyeron la contes-



Muerte de Viriato.

todos eran vencidos, desesperando ya de con-

siempre vencedores aprovechando sus derrotas como otros tantos triunfos.

Muerto Viriato obtuvieron los romanos la paz que deseaban: sus partidarios se entregaron, recibiendo campos en que dedicarse á la labranza, y se asegura que fundaron á Valencia. Los asesinos, execrados hasta del mismo Senado á que habian servido, oyeron la contes-

tacion de que al pueblo romano no le agradaban los soldados que mataban á sus caudillos. Digno premio de su criminal hazaña.

JOSÉ S. BIEDMA.

VIAJES.

II.

PUERTO-RICO.

El vapor volvió á zarpar inmediatamente de Santa Cruz de Tenerife, y en algunos dias no vieron nuestros pasajeros mas que agua y cielo, hasta que llegaron á encontrarse á la vista de las Antillas.

—Ya hemos hecho por mar desde Cádiz mil quinientas leguas, dijo D. Carlos á su familia. Esta isla que veis, y cuya difícil costa vamos bordeando, es la de Puerto-Rico, la menos considerable de las grandes Antillas, pues su estension no es mas que de 500 leguas cuadradas, con unos 200,000 habitantes. Perteneció á España, habiéndola descubierto el inmortal Cristóbal Colon en su segundo viaje en 1493, logrando conquistarla el adelantado Juan Ponce de Leon, no sin experimentar resistencia de parte de sus moradores.

—Y no podremos ver esta isla, papá? preguntó Julieta.

—La poca estancia que en ella hará el vapor nos lo impedirá; pero su aspecto y producciones son muy semejantes á las de Cuba, donde vamos á vivir. En ella se encuentran elevadas montañas, rios y valles fértiles, y su clima es generalmente templado, escepto en algunos meses del año en los que se siente mucho calor.

Pero hé aquí que entramos en las aguas de San Juan de Puerto-Rico, capital de la isla, situada en una isleta, separada de la isla principal por un canal, que se atraviesa por medio de un puente sumamente largo. El puerto, como veis, está bien defendido por dos buenos castillos, uno de los cuales lleva el nombre de

San Cristóbal y el otro de la Puntilla. La ciudad, cuya fundacion data de 1514, tiene unos 30,000 habitantes, casas bajas, aunque de buena construccion, y varios paseos, de los cuales son los mejores los de la puerta de Tierra y plaza de San Antonio.

—¿Y es esta la única ciudad importante de esta isla? preguntó doña Luisa.

—La única; pues solamente pueden mencionarse despues de ella San German, Guayama, y algunos puertos pequeños.

Despues que el vapor dejó la correspondencia en Puerto-Rico, continuó su navegacion á Santo Domingo, que dista 80 leguas, hallándose ambas islas separadas por un estrecho.

III.

SANTO DOMINGO.

En la bahía de Samaná, defendida por varios islotes y rocas, se encuentra el mejor puerto de la isla de Santo Domingo. Recaló allí el vapor, y D. Carlos y su familia saltaron en la lancha que los condujo á tierra, pues el primero queria ver aquella isla, cuya parte española estaba recientemente incorporada de nuevo á la metrópoli.

—Pero hemos pagado el pasaje hasta la Habana, observó doña Luisa.

—Poca es la pérdida, respondió D. Carlos. Veremos la isla, y en cualquiera de sus puertos encontraremos fácilmente buques que nos lleven á la Habana.

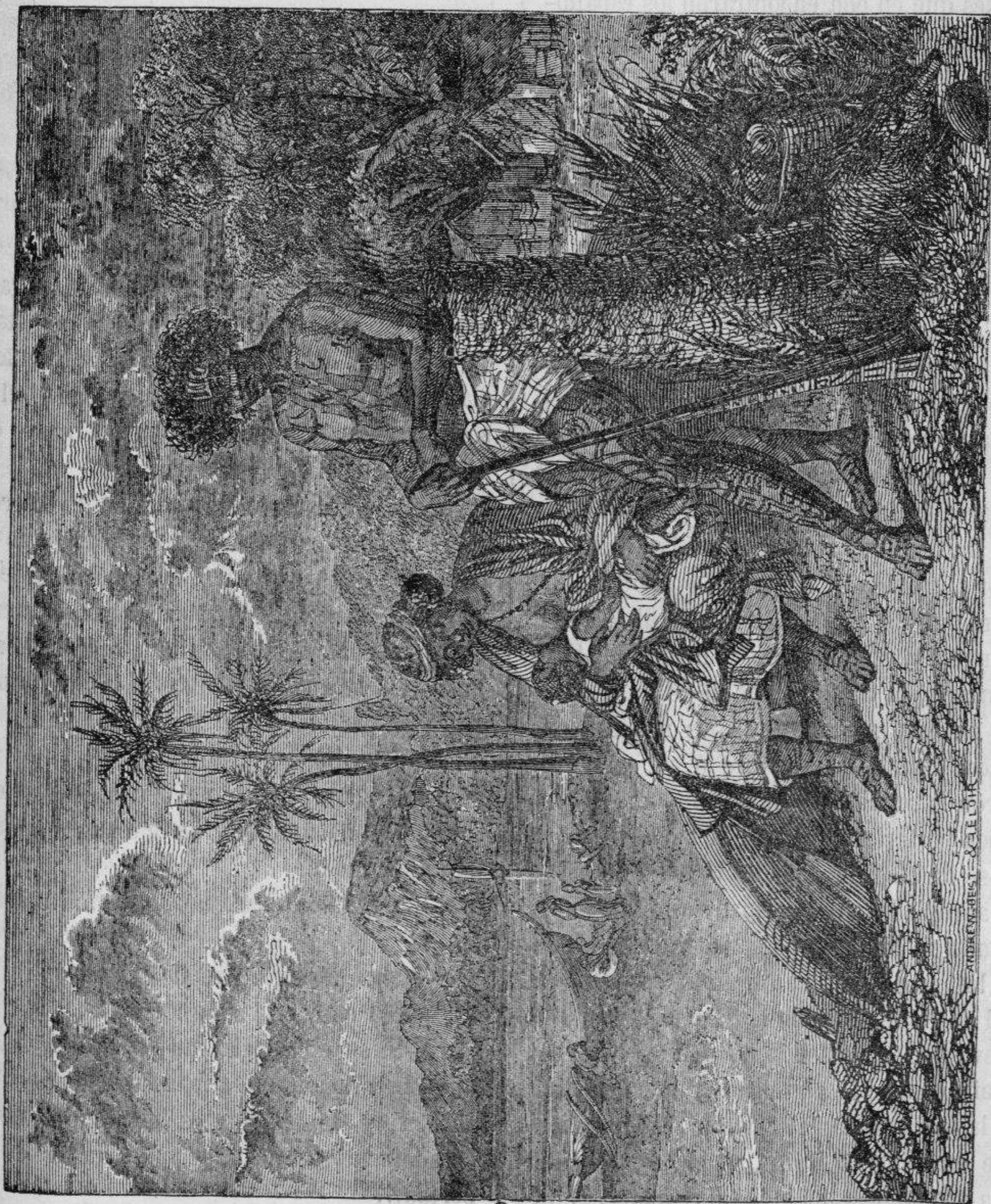
Quería D. Carlos que parasen poco en la pequeña ciudad de Samaná, porque toda aquella parte de la costa tiene fama de ser poco saludable para los europeos que desembarcan en ella; pero como doña Luisa y los niños se hallaban cansados de tan larga navegacion, resolvieron detenerse en ella una noche.

Aprovechó esta D. Carlos para dar á su familia algunas noticias históricas y geográficas sobre la isla en que se encontraban, y despues de cenar les habló de sobremesa en estos términos:

Ya sabeis que hubo un genovés llamado

Cristóbal Colon, que tuvo el feliz pensamiento de buscar hácia esta parte del mundo un paso á las Indias Orientales, y que despues de haber recorrido varias córtes de Europa, siendo tratado en ellas como demente, encontró al fin

No se surcaban entonces los mares con la velocidad que ahora lo hemos hecho nosotros con ayuda del vapor, y los tres pequeños buques de vela tardaron mas de dos meses en ver tierra, hasta que al fin, en 15 de Octubre, des-



Familia india de la Española descubierta por Colon en 1492.

proteccion en la reina de Castilla, Isabel la Católica, que vendió sus joyas para costear los gastos de una espedicion, compuesta de tres carabelas, con la que el intrépido marino salió del puerto de Palos, en Andalucía, el dia 3 de Agosto de 1492.

cubrieron las islas Lucayas, y poco despues la de Cuba.

Reconocida esta y continuando sus exploraciones, llegó Colon el 7 de Diciembre á una isla que llamó *Española*, por gratitud hácia la nacion que le habia proporcionado los medios de

descubrir un nuevo mundo. Esta isla es la misma en que nos encontramos, que despues se llamó de Santo Domingo, del nombre de su capital.

Las historias de aquellos tiempos hacen grandes elogios de esta hermosa isla y de los habitantes que en ella encontraron los españoles, y el mismo Colon dice en su diario que los indígenas de la Española superaban física y moralmente á las de las otras islas por él descubiertas. Con efecto, acogieron á los españoles con gran simpatía, y sus costumbres eran mucho mas dulces y civilizadas que las de otros indios. Vivian en familia, habitaban en casas regularmente construidas, y cultivaban á su modo algunas artes.

La isla siguió perteneciendo á España hasta que algunos piratas que se habian establecido en la pequeña isla de la Tortuga, separada por un estrecho canal de la Española, lograron apoderarse de la parte Oeste de esta, que llamaron Haiti, y que al fin fué cedida á la Francia, por el tratado de Ryswick, en 1697.

Continuó de este modo la isla dividida en dos partes, la española con el nombre de Santo Domingo, la francesa con el de Haiti, hasta que en esta se sublevaron los negros, con el famoso Santos Louverture á su cabeza, y fundaron la república Dominicana, que fué reconocida posteriormente por la Francia, y que luego se llamó el imperio de Haiti. Francia se habia apropiado la parte española en 1795, por el tratado de Basilea; pero en 1809 se levantaron los españoles, recobrando en 1810 la ciudad de Santo Domingo, despues de un sitio de nueve meses, y siendo devuelta su posesion á España en 1814, por el tratado de París. En 1821 la parte española se declaró independiente, se anexionó á Haiti, se separó despues, bajo la presidencia del general Santana, y últimamente, en 1861 se ha anexionado espontáneamente á España, de la que nunca se debió separar.

Esto en cuanto á detalles históricos; con respecto á los geográficos... Pero advierto que es tarde y estais cansados; Alberto se duerme y Julieta hace esfuerzos por no cerrar los ojos:

mañana al emprender el viaje á la ciudad de Santo Domingo, continuaré mi interrumpida relacion.

(*Se concluirá.*)

JOSÉ M. DE LARREA.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

[Continuacion.]

IV.

LA ISLA DE CROISSY.

A pesar de haberse acostado temprano, porque las emociones requieren reposo, Raoul de Chavigny no se durmió hasta despuntar el dia. El señor de Ferrieres, presintiendo el insomnio de su discípulo, se opuso á que le despertaran á la hora de costumbre.

A medio dia algunos golpes dados discretamente á la puerta de su dormitorio, que comunicaba con su estudio, arrancáronle de los brazos de Morfeo, gritó: «adelanté,» y entró Selim, seguido de un hombre, que llevaba un bulto en la mano. Hemos dicho un hombre y era un personaje: un sastre de París.

Raoul saltó del lecho.

—He aquí, le dijo Selim desenvolviendo el fardo, un pantalon y un gaban de mañana de última moda.

—Magnífico! exclamó Raoul mirándose al espejo.

—Sin embargo... replicó Selim.

—Sin embargo... ¿qué?

—Si su escelencia me permitiera hacerle una observacion: el gaban apenas hace una arruga, y el pantalon es estrecho y desmesuradamente largo... permite andar con libertad...

—Es justamente lo que deseo.

—Dirán que no está su escelencia acostumbrado á ir en carruaje: se necesita ser un gran sastre para hacer ropa que no venga.

Raoul no insistió por no patentizar su ignorancia.

Siguió al sastre un zapatero: Selim, con-

sultado por el jóven aprendiz de capitalista, le hizo tomar unas botas tan estrechas, que hubieran podido compararse á los terribles *brodequines*, que antes de estallar la revolucion, en la época del absolutismo, se calzaban á los criminales para obligarlos á confesar: solo se diferenciaban del instrumento de tortura en su corte elegante. Reemplazó al zapatero un camisero, á quien Selim exigió lo contrario que al sastre, es decir, unas camisas tan estrechas de cuerpo, que apenas consentian moverse á los brazos; tambien recordaban un instrumento de tortura, las camisas de fuerza que se ponian á los condenados: en cambio de finísima batista.

—Me permite el señor que le haga presente una cosa?

—Cuantas querais, hablad.

—El señor conde no debe hablarme de vos, sino de tú.

—Corriente, te tutearé. Vísteme.

Era la una cuando el nuevo conde Raoul de Chavigny entró en el estudio de su padre, Mr. de Ferrieres, donde encontró á Eduardo platicando alegremente con el autor de su vida: padre é hijo celebraban con el descanso la festividad del dia, domingo, y el triunfo y la ventura del anterior, tan inesperado como brillante.

Eduardo no pudo menos de sonreirse al ver entrar á Raoul con su pantalon y gaban de mañana de última moda y soberanamente ridículo, como habrán comprendido mis lectores.

—No comprendo tu estrepitosa alegría, le dijo Raoul, encarnado como una amapola.

—Francamente, Raoul, ese gaban que pudiera contenernos á los dos, y ese pantalon que reduce tus piernas hasta el punto de pueden confundirse con dos alambres, dignas de un Polichinela, me parecen soberanamente ridículos... Perdóname... dentro de algunos dias, cuando me vaya haciendo á verte... acaso no me parezcas tan grotesco... En fin, doblemos la hoja... El tiempo convida á dar un paseo por el campo... tengo permiso de mi padre para emplear el dia en lo que guste, ¿vamos á dar un paseo por el Sena?

—Como quieras, lo dejo á tu eleccion.

Y despues de abrazar á su padre salieron Eduardo y Raoul, aquél á vestirse y éste á mandar á Selim que lo hiciera para acompañarles: le halagaba en alto grado la idea de que le acompañase un criado con librea.

Mr. de Ferrieres, por su parte, se habia propuesto, como regla de conducta para en adelante, observar á su pupilo y dejarle hacer.

El camino de hierro de la calle de San Lázaro condujo á nuestros jóvenes á Chatou, y una barca pescadora de Chatou á la isla de Croissy, una de las mas frondosas y pintorescas del Sena.

—Te parece que demos un paseo antes de saltar á tierra? exclamó alegremente Eduardo.

Selim le interrumpió:

—Piensa su esclencia pasearse en un barquichuelo alquilado?...

—Y por qué no? No he atravesado el rio en él.

—Yo suplico á su esclencia que no haga semejante locura, porque se compromete, se deshonorra. Si se tratara de un dependiente de tienda, de un meritorio de administracion... vaya en gracia!... pero un conde... Cada clase tiene sus privilegios, pero tiene sus deberes.

—Pero no puedo hacer yo sin rebajarme lo que hace Eduardo, que no es dependiente de tienda ni meritorio de administracion?

—Ni Chavigny, ni millonario, ni conde, murmuró Ali al oido de su amo. ¡Nobleza obliga!

—Yo que esperaba divertirme tanto!...

—Ya se desquitará su esclencia.

Raoul no le contestó; bajó la cabeza avergonzado de que su ayuda de cámara le diera lecciones tan terribles de aprecio de sí mismo; en una palabra, de decoro.

—El señor conde, añadió Selim volviéndose hácia Eduardo, prefiere continuar su paseo á pié.

Las mejillas del jóven se coloraron súbitamente; aquella negativa transmitida por el ayuda de cámara, le hizo entrever parte del misterio; la sonrisa que contrajo sus labios de lástima y desprecio, fué para Raoul severa re-

preñion y amargo castigo, porque leía en su alma como en la suya, y avergonzado y confundido, se hubiera arrojado en los brazos de su amigo, á no estar allí Selim con su mirada penetrante y su sonrisa burlona.

Eduardo, con los ojos fijos en los de Raoul, esperó un momento un arranque de sensibilidad; pero viendo que permanecía inmóvil, se quitó la levita, la arrojó en la barca, y apoderándose de los remos, la imprimió un violento impulso y se alejó sombrío y pesaroso... Raoul le siguió con los ojos, que parecían petrificados en sus órbitas, así como sus piés pegados á la tierra: estaba arrepentido de lo que habia hecho, siquiera no se lo confesase. Haciendo un esfuerzo, se repuso y echó á andar murmurando:

—De qué me serviría ser millonario si no supiera serlo: mas que á mí mismo pertenezco á mi clase.

Como los arrabales de París, sus cercanías tienen un aspecto diferente, característico: Vincennes, Romainville y Saint-Cloud, no se parecen á Saint-Germain, á Enghien y á Chatou. La isla de Croissy es una isla aristocrática, y durante la primavera, especialmente los domingos, ofrece un espectáculo pintoresco, seductor; sus habituales concurrentes no pertenecen al número, por su categoría, de las personas que no gozan sin el estímulo de la algarazara y la espuela de las bebidas espirituosas; en una palabra, su público se compone de médicos, abogados, magistrados ó notarios, y dicho sea entre paréntesis, no desagradó á Raoul, porque era indudable que su traje y su persona produciría efecto, y le comprenderían y admirarían: esta seguridad de ridículo le hizo grotesco. Todas las miradas se clavaron en él, y unos se sonreían, otros murmuraban con aire sarcástico, y otros se encogían de hombros con indiferencia. Raoul estaba radiante; la atención general de que era objeto le parecía un triunfo. No obstante, de vez en cuando miraba de reojo el humilde barquichuelo en que Eduardo recorría el Sena, y suspiraba; sus piés, oprimidos cruelmente por sus botas, se negaban á llevarle y le hacían ver las estrellas

á cada paso. Rendido, estenuado, dejóse caer en una de las sillas de hierro que la industria ofrece á los perezosos en aquel, como en todos los paseos.

Selim se acercó á él.

—Señor conde, le dijo á media voz y precipitadamente, conjuro en nombre de vuestros abuelos á S. E. que os levanteis de esa malaventurada silla, si no quiere que le confundan con un maestro de obra prima. La aristocracia anda, no se sienta.

Raoul se levantó trabajosamente.

—Estas botas me asesinan...

—Son de última moda... Si su excelencia aspira á la fama de hombre de moda, es preciso que se resigne, que no hay atajo sin trabajo... Todo es hasta acostumbrarse.

Raoul no contestó; hubiera renunciado con alma y vida, no á la de hombre de moda, á la fama de millonario, por poder sustituir sus botas de moda con las albarcas de un labriego.

—Mientras yo padezco, Eduardo se divierte, y sin embargo no es rico; ¿pero qué digo? porque no lo es puede obrar como le parezca. Nadie se ocupa de él, y nada le compromete. Nunca hubiera creído que la medianía aventajaba en ocasiones á la riqueza, al fausto, á la superioridad. En fin, como me ha hecho observar mi ayuda de cámara, juiciosamente por cierto, me desquitaré cómo y cuándo quiera, que el dinero lo puede todo.

Una hora de paseo entre sonrisas y murmullos mal reprimidos, agotó las fuerzas del conde improvisado, millonario novísimo; se detuvo, y apoyóse contra un árbol, porque ya no veía estrellas, sino todo el sistema planetario, y para disimular su padecimiento, púsose á contemplar el espectáculo que ofrecía el Sena, materialmente cubierto de lanchas de mayor ó menor porte, unas empavesadas, otras en perfecta desnudez.

—¿Me permite S. E. que le pregunte por qué suspira? preguntóle Selim.

—No quisiera haber sido millonario hasta mañana. Pero he perdido de vista á Eduardo.

—Héle allí, exclamó Selim estendiendo el brazo... al frente... abandona los remos y se

deja arrastrar suavemente por las aguas. ¿Le distingue S. E. ?

—Sí... es decir, no... es uno que se le parece. Hay dos señoras en la lancha... si fuese Eduardo estaría solo.

—Aseguro á S. E. que es él y no otro.

En aquel momento precisamente la bogadora lancha, impelida por la corriente se aproximó á la orilla, y Raoul exhaló un grito de sorpresa. Había reconocido á Eduardo, y en una de las dos señoras que acompañaba, á la encantadora, á la incomparable hija del Ministro de Negocios Etranjeros, que habia asistido la víspera á la distribucion de premios del concurso general, y cuya hermosura y modestia habia impresionado tan fuertemente al público de la Sorbona.

—Sígueme, Selim, exclamó el desventurado millonario.

—Parece que S. E. se ha repuesto un tanto: apenas puedo seguirle, qué andar !

—Silencio, te pago para que me obedezcas, no para hablar contigo.

—S. E. entra en el buen camino: así tratan los grandes señores á sus criados.

Avergonzado de su vivacidad, Raoul miró á Selim de reajo, para asegurarse de si su resignacion no encerraba una burla. La fisonomía del astuto nubiano no contradecía sus palabras: revelaba únicamente una agradable sorpresa.

Raoul, por su parte, no estaba satisfecho de sí mismo ni de su ayuda de cámara: sufría el castigo de lo injustamente que habia tratado á Eduardo, desdeñándose de acompañarle por no consentirle su doble cualidad de conde y de millonario. Si no se hubiera separado de él, cuán agradablemente hubiera pasado la tarde !

(Se continuará)

E. HERNANDEZ.



CLÉMENTINE. (1)

Dans le beau pays du Roussillon, au milieu d'un bosquet de citronniers, s'élevait une maisonnette solitaire. Là vivait la bonne Clémentine, dont la tendresse et les vertus faisaient le bonheur de son mari et de ses enfants.

Un jour son mari était absent; ses deux enfants, Antoine et Antoinette, jouaient ensemble dans les environs de la maison; elle frémit en voyant Antoine qui ramenait la petite Antoinette toute tremblante.

«Maman, dit-til, voyez comme la main d'Antoinette saigne, une vipère l'a mordue.»

Clémentine s'écrie en sanglotant: «Ah! ma fille! ma fille! une vipère! Au secours! au secours!»

Un homme passait alors en marchant très-vite; d'une voix entrecoupée, elle le conjura de s'arrêter et de venir á son secours.

«Jeune femme, dit le voyageur, je ne peux pas m'arrêter; d'ailleurs, je ne sais qu'un remède: tâchez de vous procurer un chien qui suce le poison de la plaie; mais hâtez-vous, ne perdez pas un moment.»

Et il s'en alla. Clémentine chancela, comme saisie d'un vertige soudain. Le désespoir se peignait sur son visage pâle, mais, un instant après, son front devint serein, elle se leva dans un transport de joie.

«Un chien sucer le poison de sa blessure! Non, un chien ne le ferait pas, mais une mère le peut, une mère le fait.»

A l'instant elle saisit vivement sa fille par le bras; elle appliqua ses lèvres sur la blessure, et suçá, suçá longtemps avec une ardeur inexprimable.

Cependant le père arrivait; Antoine, le voyant venir, court á sa rencontre, lui raconte ce qui est arrivé et ce que fait sa mère. Le jeune époux pâlit d'effroi; il chancelle, et il est obligé de s'appuyer contre l'arbre le plus voisin.

[1] La traducción en el número inmediato.

«Qu'avez-vous, mon père?» s'écrie l'enfant en s'élançant comme pour le secourir. En ce moment, le bâton que son père tenait à la main tomba à terre. L'enfant voit ce bâton, autour duquel était entortillée une couleuvre morte. L'enfant recula en frémissant d'horreur.

«Ah! dit-il, voilà le serpent qui a mordu Antoinette.

—Que dis-tu, ô mon fils? s'écrie le père en revenant à lui; quoi! le serpent qui a mordu ta sœur était-il semblable à celui que tu vois?

—Oni, répondit l'enfant, entièrement semblable.»

Le père respire et pousse un cri de joie.

«Ah! Dieu soit loué! s'écria-t-il, le serpent qui a mordu Antoinette n'était donc point une vipère; c'est une couleuvre dont la morsure ne peut faire du mal, et ce n'est pas du poison que Clémentine a avalé en suçant la plaie!»

Les yeux mouillés de larmes, il arrive à la maison; il prend dans ses bras et la fille et la mère, il les tient longtemps pressées contre son cœur; et, dans l'ivresse de sa joie, il dit:

«Ah! que tu m'as effrayé! mais, grâce à Dieu, le serpent n'était pas venimeux. Nous vivrons encore ensemble: jamais je n'oublierai ce trait de tendresse maternelle, jamais tes enfants ne l'oublieront.

T. H. B.

NECROLOGIA.

El día 25 de Junio último falleció en Constantinopla el Sultán Abdul-Medjid, á la edad de 38 años: tenía 17 cuando murió su padre Mahmud II, y á los pocos días visitó la mezquita de Eyub y se ciñó el sable de Othman, según la costumbre de sus antepasados; ceremonia que reemplaza en Turquía á la solemnidad de la coronación, porque el Gran Señor no usa cetro ni corona.

El grabado que damos, sacado del natural, á su advenimiento al trono, representa al Sultán en el traje imperial adoptado por el refor-

mador Mahmud II. El antiguo turbante, reemplazado por un gorro encarnado, lleva una grande borla de seda azul, cuyos flecos, que apenas caen por delante, flotan abundantes por detrás. En el centro de este signo de majestad, de poca gracia y menos ostentación, brilla una



Abdul-Medjid.

placa de diamantes, en la que se distingue la cifra del Soberano. Sobre los hombros lleva una ancha capa, verde, cuyo cuello, cubierto de ricos bordados, está sujeto por un broche de pedrería.

Abdul-Medjid ha sido un príncipe débil, pero bueno y humano: le ha sucedido su hermano Abdul-Azis, dotado de mayor energía y de costumbres más severas: acaso con la fuerza de voluntad que manifiesta y con sus reformas prudentes y económicas, logre dar consistencia al imperio musulmán que amenazaba derrumbarse.

J. P.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.